nos enseña, que este fanatismo de los idólatras ha sido siempre motivo de tan horribles y sangrientas hecatombes, que en nuestro tiempo parecerían increibles si no constasen de una manera evidente. ¡Y hay ahora historiador que pretenda decir, que ¿cómo ha de ser creible que los indios de Champotón hubiesen de ser obligados por *treinta soldados* á comprar ídolos, dando por su valor sus esclavos y sus hijos? No hay historia en este modo de escribirla, ni menos hay filosofía de la historia.

Por más que los afligidos Religiosos hicieron, imposible fué poner término á tanto y tan grave mal, y fué inevitable también, para salvar sus vidas de manos de los indios que se rebelaron, abandonar la naciente Iglesia, aplazando su continuación para mejor oportunidad.

Esta misión duraría como unos dos años, que era por lo común el período de ellas; y de haber acabado como acabó, dan testimonio Landa, Mendieta, Cogolludo, Las-Casas, Remesal, Lizana y el Bachiller Valencia. Y sin embargo, D. Eligio Ancona (1) suscita dudas sobre su realidad, mas D. Justo Sierra (2) si bien parece sospechar que pudo haber exageración en el modo con que lo refieren autores que, por ser eclesiásticos y franciscanos, podían tener interés en sublimar los méritos de su Orden, para alegar derecho á mayores consideraciones y privilegios, hace sin embargo muy imparcialmente la juiciosa observación de que «también parece probable, que Montejo procurase suscitar algunas dificultades desde Tabasco (adonde se había refugiado con el resto de su fuerza después de su derrota en Yucatán), á fin de no dejar caducar sus títulos á la conquista,» si esta era ejecutada exclusivamente por los Religiosos franciscanos con la Cruz y no por él con la espada.

No se pasó mucho tiempo sin que viniera á la Península una segunda misión de Religiosos franciscanos, si bien no para permanecer, sino lo mismo que la anterior, sólo con el encargo de trabajar por algún tiempo. Vino también esta de México (1536), y según Mendieta, Torquemada y Cogolludo (3) fué enviada por el R. P. Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, Prelado Provincial que

(1) Ancona. *Historia de Yucatán.* Lib. II. Cap. IX.
(2) Sierra. Los Indios de Yucatán. Cap. II.
(3) Cogolludo. Op. cit. Lib. II. Cap. XIV.

entonces era de la Provincia del Santo Evangelio, aunque sin expresar los nombres de los Padres que vinieron. Evangelizaron con tanto mayor éxito por las Provincias de Champotón y Campeche, después de recorrer algunas de Tabasco, cuanto que *la ausencia*, (dice Mendieta, (1) y copiaron Torquemada y Cogolludo), *del P. Fray Jacobo de Testera los dejó con la leche en los labios.*

Al paso que abrazaban la fé unas Provincias ó Cacicazgos de Yucatán, corría la fama por los otros y por todos los ángulos de la Península é iban quedando en cierta manera preparados para la felíz nueva, para cuando llegara el primer Apóstol destinado á serlo radical y definitivamente del país, y abrazar éste decididamente la Religión del Crucificado, cumpliéndose la espectación general que había entre los mayas y de que atrás hemos hablado, relativa á un cambio de Religión, por los vaticinios de sus profetas y previsiones de sus sabios, quienes habían asegurado que vendrían nuevos y extraños hombres á sojuzgarlos, y que la Cruz, cuya figura mostraban, sería el estandarte y la divisa de la verdadera Religión y de la nueva cultura.

III

Reacción de la Conquista.—Su triunfo.

Entre tanto que los Religiosos franciscanos trabajaban por la conversión de los naturales de esta Península, el Adelantado D. Francisco de Montejo hacía nuevos aprestos para proseguir la conquista armada, contando yá además con un hijo suyo de elevado carácter, valeroso y decidido, en quien sustituyó todos los poderes que el Soberano le tenía conferidos para la pacificación de Yucatán y para su gobierno. También contaba yá con un sobrino de no menos valor y buena voluntad, y así el hijo como el sobrino, eran del propio nombre y apellido del Adelantado: Francisco de Montejo. El hijo, pues, del Adelantado, es el que vino esta vez

(1) Mendieta. *Op. loc. cit.*

como jefe de la conquista, con el carácter de Teniente de Gobernador y Capitán General.

Diestros cada vez más los naturales en la guerra de represalia y en defensa de sus libertades y patrios lares, volviéronse á armar á su vez contra la nueva invasión, sosteniéndose con el mismo antiguo valor por espacio de cuatro años, á contar desde 1537. Hácia el fin de 1540 hubieron de lograr los conquistadores ocupar por el mes de Diciembre la ciudad indígena de T-Hó, (Mérida), que era el centro de sus aspiraciones, asentando allí su cuartel general. Esta ciudad, que por sus grandes edificios verdaderamente admirables y de arquitectura grandiosa y original, revestía esa majestad típica que dan los monumentos de misteriosa antigüedad, llamaba fuertemente la atención y la codicia de los invasores, quienes la llamaron con el nombre de Mérida, por la semejanza que encontraban entre ella y la ciudad también antigua y monumental de Mérida en España, ciudad majestuosa, augusta é histórica por el recuerdo de los romanos, y llamada por eso *Emerita Augusta*, proponiéndose por tales razones conservar el mismo nombre en aquella ciudad americana y fundar en ella la capital de la Colonia española.

En la que es hoy la plaza principal de esta ciudad, se levantaba una colina artificial como atrio elevado de un gran templo, (*Kú*, adoratorio), y de unos palacios adjuntos, donde se alojaron los conquistadores, dominando con los ojos hasta grandísima distancia por ser llana la tierra. Así se encontraban en el mes de Enero del año de 1541, cuando descubrieron á lo lejos una gran muchedumbre de indios armados y dispuestos como en ejército de batalla, encabezados por un Rey, que sentado sobre un trono venía conducido sobre los hombros de sus nobles servidores. Aprestáronse, pues, los españoles al combate no sin gran temor, á causa del superior número de los combatientes enemigos y por las pasadas victorias con que habían derrotado á los europeos. La única esperanza de estos era el auxilio de Dios, encomendándosele de todas veras; pero con grata sorpresa observaron en el más crítico instante, cómo aquel Rey, aproximándose bajó de su trono, arrojó al suelo su arco y su carcaj de flechas, y alzando las manos juntas significó que venía de paz, al mismo tiempo que sus ministros y demás Caciques ó magnates que le acompañaban, deponían también

las armas, y tocando la tierra con sus manos besaban luego estas, acto con que daban á entender que saludaban respetuosamente y venían como buenos amigos.

Este Rey, dice Cogolludo, (1) «era el mayor Señor de los que había en esta tierra, llamado Tutul Xiu, descendiente de los que fueron Reyes de toda ella, (en la época del Imperio Maya), y dominaba las comarcas de Maní. Vino voluntariamente á dar la obediencia y á ofrecerse á sí y á los suyos para pacificar á los restantes, y trajo un gran presente de pavos y pavas, que son las gallinas de la tierra, frutas y bastimento, con que se recrearon los españoles, pero mucho más con tener por amigo un Señor tan grande. Dijo Tutul Xiu, que movido del valor y perseverancia de los españoles, había venido á ser su amigo, y que tenía deseo de ser cristiano, y asi pidió al General, se hiciesen algunas ceremonias cristianas para verlas.»

Tutul Xiu era evidentemente el Soberano más culto, y de miras más altas y políticas de todos los que por aquel tiempo reinaban sobre las tribus yucatecas. Veía que habían caido bajo el dominio español todos los pueblos que al derredor de la Península de Yucatán se encontraban: las Islas de las Antillas, las tierras de Honduras, Guatemala, Tabasco, Chiapas y hasta la gran República de Tlaxcala y el poderoso Imperio de los Moctezumas. Yucatán había sido la primera tierra descubierta en la que se llamaría región mexicana, hacía yá por aquel entonces casi un cuarto de siglo, de 1517 á 1541, y era la única que áun no había podido ser conquistada, porque sin tener las minas de México y del Perú, sólo se encontraba en su suelo el tesoro del valor indómito de sus hijos. Preveía, por lo mismo, que cada vez más se aproximaba el día en que fuerzas reunidas y poderosas de los tenaces advenedizos, vendrían sobre ella á tomar venganza de sus admirables victorias, y entonces no yá sólo el dominio de la tierra, sino el más triste y completo exterminio de la histórica y célebre raza de los mayas sería el término de la lucha. Veía cumplidos los presagios de los antiguos videntes Chilán Balames, de suerte que las consideraciones sociales por una parte, las previsiones políticas y el abatimiento producido por

(1) Cogolludo. Hist. de Yucatán. Lib. III. Cap. VI.

temores supersticiosos por otra, todo seguramente le hacía tomar con razón, el designo de dar cerca de los conquistadores el paso que dió. Ofreciéndoles su amistad, salvaba á su patria y á su raza, y mejoradas estas en todo sentido al través de los siglos, ¿no preveía acaso que llegaría el tiempo de una Independencia Nacional? La alianza con Montejo era, pues, á todas luces la resolución más sabia, prudente y hasta única en las circunstancias, y puesto que la tomó el Rey de Yucatán, es digno por ello de justa alabanza.

Fuera de estas consideraciones hay otra elevadísima de diverso género, y es la que se refiere á los resortes de la conciencia religiosa; pues parece que el Rey indio experimentó la acción benéfica de la divina gracia, por el deseo de conocer la Religión Cristiana, y de abrazarla para su felicidad eterna y para ejemplo de su pueblo, toda vez que se presenta pidiendo la celebración de los divinos misterios y ceremonias sagradas para verlas y acabar de resolverse.

Se comprende cuánto sería el gozo de los conquistadores al oir las proposiciones del Rey de los mayas, pero no siendo seguramente la hora propia para la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, ó porque aun siendo esta la mayor y más esencial de las solemnidades cristianas, no estaban los indios en condiciones de poder comprender el significado de sus sublimes misterios, prefirieron acertadamente celebrar ante ellos la solemne adoración de la Cruz, rito que se practica en los sagrados oficios de Viernes Santo, y el más á propósito indudablemente para las circunstancias, porque es á la vez una majestuosa enseñanza objetiva, real y conmovedora, y mucho más para quienes venían mostrando de buena fé sus deseos de abrazar la Religión verdadera.

El virtuoso sacerdote D. Francisco Hernández, vestido de ornamento negro se acercó al extremo izquierdo del altar, llevando entre ambas manos un Crucifijo totalmente cubierto de fúnebre velo. Alzándolo un poco y descubriendo á la vez un brazo de la Cruz, vuelto de frente á los circunstantes cantó con acento majestuoso y grave, estas palabras: *¡Ecce lignum Crucis! He aquí el santo leño de la Cruz!* Y los guerreros levantándose todos á un tiempo con las armas á la funerala y doblando la rodi-

lla en tierra, contestaron unísonos cantando estas palabras: *In quo salus mundi pependi: Del cual pende la salud del mundo. Venite adoremus.* El Sacerdote dió un paso hácia el centro del altar y descubriendo la ensangrentada cabeza del Crucifijo que alzó un poco más, cantó en tono algo más alto diciendo: *Ecce lignum Crucis: He aquí el santo leño de la Cruz.* Y los guerreros volviendo á levantarse y postrarse cantaron: *In quo salus mundi pependi: Del cual pende la libertad del mundo. Venite adoremus.* El Sacerdote, en fin, avanzó otro paso hasta llegar al centro del altar, y dejando caer todo el velo que cubría la Cruz, en la que apareció el Redentor clavado de pies y manos, le enarboló cuan alto pudo á la vista de todos, y con un torrente de voz cantó por tercera vez las mismas palabras: *¡Ecce lignum Crucis: He aquí el santo leño de la Cruz!* Y los guerreros por su parte también por tercera vez, crugiendo sus armas, se levantan y se derriban en tierra cantando con voz elevada: *In quo salus mundi pependi: Del cual depende la salvación del mundo. Venite adoremus.*

Entonces el Sacerdote, apartándose del altar, se dirigió con la Cruz hacia los espectadores; los guerreros saludan, adoran con las armas; el abanderado alza el Pabellón de Castilla y lo abate á los pies del sagrado ministro, de manera que sirviendo la Bandera Real como alfombra del Hijo de Dios crucificado, éste pasa por encima de ella en manos del Sacerdote, que va á tenderle en tierra sobre almohadón de color violeta. Quítase el calzado el Sacerdote, como en señal del más profundo sentimiento de fé y de adoración, por aquello de las Santas Escrituras, y expreso mandato del Señor: *Quítate el calzado de los piés porque la tierra que pisas tierra santa es*, (1) y haciendo tres genuflexiones hasta llegar al pié de la Cruz, besóla con profunda reverencia, separándose en seguida sin volver las espaldas al sagrado simulacro. Al propio tiempo los tambores y las trompetas poblaron el aire con su marcial y majestuoso sonido, llenándose con el eco las bóvedas de aquellos adoratorios y palacios, donde por siglos se había defraudado al Señor la adoración que á él sólo se debe. Sentóse el Sacerdote cerca del altar, y luego el gran caudillo de la conquista, el Teniente de Gobernador y Capitán

(1) *Solve calecamentum de pedibus tuis, locus enim in quo stas terra sancta est.* Gen. III. 5.